



Miljenko Jergović nació en 1966 en Sarajevo. Trabaja con diferentes géneros, como son la poesía, el drama y la crítica literaria. En 1987 obtuvo el premio Mak Dizdar por un libro de poemas inédito. El libro *El jardinero de Sarajevo*, traducido a varios idiomas, entre ellos el castellano, obtuvo el premio Ksaver Šandor Gjalski al mejor libro en 1994 y el premio especial de la paz Erich María Remarque. Por su labor periodística fue galardonado con el premio Veselko Tenžera. Preparó la edición del libro de la joven lírica bosniaca *Ovdje živi Konan (Aquí vive Conan)* (1997). Vive y trabaja en Zagreb. Hasta el momento ha publicado: *Opservatorija Varšava (Observatorio Varsovia)* (poemas, 1988); *Uči li netko noćas u ovom gradu japanski? (¿Alguien aprende japonés esta noche en la ciudad?)* (poemas, 1990); *Himmel Commando (Comando Himmel)* (poemas, 1992); *El jardinero de Sarajevo* (cuentos, 1994, Deria editors, Barcelona 1999,); *Los Karivan* (cuentos, 1995, Metáfora, Madrid, 2000); *Preko zaleđenog mosta (A través del puente helado)* (poemas, 1996); *Naci-bonton (Los buenos modales nazis)* (ensayo, 1998); *Mamá Leone* (cuentos, 1999, Metáfora, Madrid, pendiente de publicación); *Kažeš anđeo (Dices ángel)* (drama, 2000); *Hauzmajstor Šulc (El conserje Šulc)* (poemas, 2001); *Buick Rivera* (novela, 2002). Por el libro *Mamá Leone* ha obtenido el prestigioso premio Grinzane-Cavour por la mejor obra de un autor extranjero publicada en Italia en el año 2002.

LA ESPERANZA ES LO ÚLTIMO QUE MUERE

Empezó con alguien diciendo *ah, si pudiéramos hacer una parrillada de pescado, y fuera justamente estaba cayendo una de esas nevadas que ya en el aire se tiñen de gris y en el asfalto se convierten en barro. No tiene que ser una parrillada, basta con una barbacoa*, dijo Đuro el Bosniaco, y sobre su cabeza se podía ver el bocadillo con el típico chuletón de los dibujos animados. *Bah, ya empezamos con el cuento de la lechera*, pensé, pero vosotras, las mujeres, empezasteis a hacer planes; se iniciaron esas largas discusiones sobre qué clase de pescado había que comprar y dónde había que comprarlo, o bien si se compraba carne, unos bistecs, ¡uhmmmm!, el bistec a la brasa está buenísimo, quizá también unas chuletas, unas costillas y brochetas; Đuro el Bosniaco, por supuesto, conocía una carnicería que tenía unas brochetas excepcionales. Đuro el Bosniaco es un mamarracho que siempre se enrolla y se mete en las conversaciones de las mujeres; bueno, quizá sería mejor pescado, en la pescadería se puede encontrar una pescadilla *riquísima o sargo y umbrina*, en el peor de los casos se pueden hacer sardinas, pero no, ¿por qué sardinas?, seguro que hay pescadilla, y sargo, siempre hay sargo, compraremos sargo, es muy bueno, y tal vez, si alguien tiene que ir a Dalmacia que se traiga sarmientos, me refiero a unas ramas secas de parra porque sin ramas de parra no hay parrillada que valga, y no vas a hacer el pescado con carbón vegetal, el carbón no tiene aroma, sí, sí, que alguien meta en el coche unas ramas de parra; no obstante, si nos ponemos de acuerdo, podemos hacer carne, la carne se puede hacer con carbón.

Fuera nevaba, febrero aún no tocaba a su fin, yo callaba, fumaba un cigarro tras otro y sólo

esperaba a que alguna de ellas me preguntara porqué estaba de tan mal humor y que entonces entrara en la escena la cara de caballo bonachón de Đuro el Bosniaco, para acabar hasta la coronilla de todo y de todos. No soporto escuchar esas historias, no entiendo cómo alguien en febrero puede hablar sobre la carne y el pescado que comprarán en mayo; y lo peor era que sabía que cada vez que nos reuniéramos continuarían y aderezarían el tema y que no renunciarían a él ni aunque les dijeran que ese año no habría primavera ni verano, o que se castigaría con pena de muerte al que hiciera una parrillada o una barbacoa; pero lo más horroroso sería la cara de Đuro el Bosniaco, que me contemplaría como si tuviera un carcinoma, y a él estas cosas le dan una pena tremenda y jamás entenderá que esos cuentos de la lechera roen las neuronas, una a una, si es que todavía tiene. Una vez le dije, justo después de que ellas me preguntaran porqué estaba de mal humor, que me recordaba a un hipopótamo y que sabía perfectamente por qué en Bosnia lo habían matado a él y a los que eran como él, a lo que Đuro, con una flema increíble respondió: *Ves tú, eres la primera persona que conozco que dice hipopótamo, y no como se dice aquí "caballo del Nilo" o "caballo de agua". Me parece estupendo, te lo juro.* Y las chicas, una tras otra, se enfadaron conmigo. También te enfadaste tú. Yo, ciertamente, no soy chovinista, sobre todo cuando se trata de bosniacos, eso ya deberías saberlo, pero cuando me mira de ese modo no puedo soportarlo, y de verdad que no logro entender cómo puede charlar con vosotras sobre dónde iremos a ir a veranear todos juntos en el 2010, y qué comeremos dentro de tres meses.

¿Acaso no tenía razón cuando decía que el dilema entre parrillada y barbacoa nos iba a perseguir durante días, semanas y meses? Pues claro que la tenía, pero ahora eso no importa, no se lo restregaría a nadie por las narices, sin embargo, lo reconozco, no me disgustó del todo que más tarde pasara lo que pasó. Abril, por supuesto, se presentó lluvioso y ni se mencionó lo de organizar un fuego en el monte; para el 1 de mayo nos dispersamos en todas las direcciones, luego volvió a llover y, por último, las mujeres no pudieron llegar a un acuerdo sobre dónde hacer la dichosa hoguera, así que Alojz y Selma propusieron que fuéramos a su casa de campo, en algún lugar de Zagorje, pero tendríamos que esperar un fin de semana que no fueran los padres de Alojz, a lo que Đuro el Bosniaco dijo *jo, tíos, podríamos ir a mi casa en Bijambare*, y todos se echaron a reír por esa palabra, Bijambare; al único que no le hizo gracia fue a mí, porque sabía que él hablaba en serio y que, chiflado como estaba, era muy capaz de llevarnos, naturalmente con pasaporte, allí donde Cristo dio las tres voces, a veinte horas de distancia de Zagreb, sólo para que hiciéramos una barbacoa. Me sacaba de quicio con el dichoso Bijambare, pero sobre todo me daba pena, porque de algún modo me parecía que nosotros le mostrábamos todos los días algo nuestro, y cuando él quería mostrarnos algo suyo, entonces nos hacía gracia. ¿Entiendes lo que quiero decir? Es lo mismo que enseñarle el álbum familiar a alguien que carece de familia, y reírte mientras el pobre se partía la cabeza pensando qué cosa suya podría mostrarte.

A la postre, sin embargo, quedó claro que era más difícil ir a la casa de Alojz y de Selma, a ese Zagorje suyo, que permitir que Đuro el Bosniaco nos hubiera llevado al quinto pino. Alojz quería que se planeara hasta el más mínimo detalle, y Selma, de todas las mujeres, era la más deseosa de hacer planes. A finales de junio, cuando menos lo esperábamos, llegó la noticia de que un sábado los padres de Alojz no irían al campo, así que empezó la agonía final con el pescado y la parrillada. No sé cuándo se renunció a la carne, probablemente en ese momento yo ya estaba en coma, pero cuando oí que al día siguiente tenía que despertarme a las cinco para ir con Alojz al mercado de Trešnjevka a esperar a los pescadores de Novi Grad y comprar lo mejor que tuvieran, casi me desmayo. Tú dijiste *puedes hacerlo, te despiertas con facilidad*. Y yo con la misma expresión de Đuro el Bosniaco respondí *pues claro, no faltaba más, no es ningún problema para mí*. Me ardía la cabeza y en ese instante te odié, y no dejé de hacerlo hasta el amanecer. Ya sabes cómo es, te enfadas, se te pasa y ahora ya no es importante.

Todavía estaba oscuro, tú te quedaste en la cama, intenté salir sigilosamente de la habitación, *podías darme un beso*, dijiste; aunque sabía que dormías, te besé y pensé qué sucedería si una vez no te besara así, si te despertarías y si oirías en sueños *pues ahora ya no te quiero*. No tiene que ver con nada, pero a veces me imagino esas cosas. ¿Sabes?, es lo que pasa cuando quieres hacer algo que en realidad no deseas, pero te interesa cómo sería si lo hicieras.

Alojz, por supuesto, no estaba delante de la pescadería. Le había dado una diarrea tremenda sólo con pensar que tenía que levantarse a las cinco y mejor será que nadie me pregunte porque ni siquiera me hizo gracia.

Me senté en una tapia, encendí un cigarrillo y me dispuse a esperar a los pescadores. A mí espalda se despertaba el mercado municipal al aire libre, algunas personas llevaban sacos de arpillera con cebollas y patatas, tosían y unos se insultaban y se cagaban en el sol que anunciaba un día abrasador. Miré hacia el astro rey, ese sol del amanecer que a duras penas había visto más de diez veces en mi vida, y era increíblemente hermoso. No sé describir esas cosas, si quisiera decirte cómo era el sol, resultaría que era un sol como cualquier otro, un sol como en un cuento infantil, en un atlas de astronomía y en una postal, pero aquél no se parecía a ninguno de esos soles. Me habría gustado describírtelo, haber leído más, tener

un don para contar historias, saber pintar, hablar como Đuro el Bosniaco, eso seguro que podía hacerlo, pero entonces no sería yo. Lo único que puedes hacer es creer en mi palabra de que era el sol más bello que he visto en mi vida, quise telefonearte y despertarte, que vinieras al mercado y vieras el sol, y quiero que sepas que lo habría hecho si hubiera sido posible convencer a alguien por teléfono de que esas cosas se hacen exclusivamente por amor, y no porque uno sienta envidia de que los demás duerman.

No podía entender a la gente con sacos que se cagaban en el sol sin siquiera mirarlo, pero quizá semejante belleza te resulta normal si cada mañana la tienes encima, así que es lógico que la maldigas. La gente sólo insulta a lo que es suyo y tienen a su disposición todos los días. Los de los sacos insultan al sol, igual que los que creen en Dios insultan a Dios. Un taco de pasada es como una oración en la que un hombre repite mantras sobre lo que le es más querido y todavía no ha perdido.

Eran ya las seis y media, y no había ni rastro de los pescadores. Me senté en el bar del mercado, pedí un café y me sentí bien porque, de algún modo, me habían regalado esa mañana. Si alguien me hubiera preguntado si tenían sentido todas aquellas charlas interminables sobre parrilladas y barbacoas, le habría respondido que ahora no suponían ninguna contrariedad. Así es cuando te embarga la euforia y te parece que sólo has vivido para llegar a ese momento esplendoroso del presente.

Los primeros pescadores no llegaron hasta las ocho, el género era bastante malo, pero no importaba. A mí no me importaba porque el pescado no podía ni reparar ni estropear mi talento. Aunque hubiera sido oro en lugar de pescado me habría dado lo mismo. En realidad, no estaba allí por el pescado. Estaba porque no me había atrevido a decir que no pensaba levantarme a las cinco, y bueno, ahora disfrutaba del sol, así que el despertar ya no me importaba. Compré unas caballas y regresé a casa. El sol ya estaba tan alto que tenía el aspecto de todos los soles de este mundo.

Cuando llegué, aún dormías, lo que me venía de perlas, porque no sé cómo te habría explicado lo que había sucedido en las últimas horas, y seguro que te habrías dado cuenta de que algo había pasado y algo te habría tenido que decir. A las diez sonó el teléfono, Selma me contó lo de la colitis de Alojz, pero no me enfadé en absoluto. Vale, nos encontraremos a las once delante de la estación para ir a Zagorje. En cuanto colgué, apareciste en la puerta, desnuda y envuelta en un sopor lechoso, tu ojo derecho aún dormía, dije *qué bien que no tengo que despertarte*, y comprendí que tratabas de entender porqué tenía que despertarte. No hay nada más divertido y tierno que los que se acaban de despertar. Siempre necesitan tiempo para recordarse a sí mismos y al resto, y para empezar a distinguirse unos de otros. En los primeros minutos, todas las personas del mundo que se acaban de despertar son iguales y todas son buenas. Por eso, a veces temo que después del primer café te vuelvas mala y diferente.

Delante de la estación no había nadie. A las once y media llegó Đuro el Bosniaco, y quince minutos después Alojz y Selma. Y nadie más. Todos esos regimientos y batallones de mujeres, todos los que ya en febrero imaginaban parrilladas tenían cosas más importantes que hacer aquel día. En otra ocasión me habría enfadado mucho, pero no entonces. Había decidido firmemente que aquel sábado no fuera así, pero ya sabes lo que sucede con las decisiones firmes. Moriría por ellas, pero duran poco si el hombre no es creyente, comunista o macrobiótico.

Nos dirigimos al autobús, Đuro el Bosniaco llevaba bolsas en las que había como mínimo diez botellas de vino, refrescos y agua mineral. Había comprado para que no faltara, contando con que seríamos veinte y, sin embargo, no éramos más que cinco. Quizá sólo me lo pareció, pero creo que le daban pena todas esas botellas que ya veía intactas.

En el autobús, ellos dos, Alojz y Selma tenían el aspecto de furibundos gnomos de jardín. *Seguro que les da pena que la peña se haya rajado*, susurraba Đuro el Bosniaco, tú asentías, y yo era mejor que me callara, pues, en mi opinión, más bien lo que les fastidiaba era que fuéramos a Zagorje y que allí asáramos pescado. Algunas personas no entienden que el placer de hacer planes se paga con que dichos planes, más pronto o más tarde, tienen que cumplirse.

Đuro y yo encendimos el fuego, mientras Alojz, tumbado en una hamaca, hablaba contigo y con Selma de sus problemas intestinales. Poco a poco fui olvidando el sol de la mañana, el humo me iba a los ojos, *míranos, parecemos mendigos esperando la sopa del asilo*, bromeaba el hipopótamo bosniaco, y yo arrojaba ramitas al fuego y murmuraba conjuros cual bruja malvada, *ojalá que te cagues patas abajo*, y echaba una rama, *que se te retuerza el intestino*, y otra ramita, *ojalá que te conviertas en mierda*, y otra ramita... Đuro, naturalmente, me oía y al principio, con una paciencia digna del santo Job, esperaba a que terminara, pero al final, suspiró, se levantó, se frotó las rodillas y dijo *vale tío, eres más raro que un perro verde*, y se fue a la mesa, bien podría decirse que a la mesa de la diarrea. Ahora nada me impedía decir los conjuros que me diera la gana, pero ya no me apetecía.

Luego tú hiciste el pescado, Zagorje olía a los muros de piedra de Trogir, como si el mar hubiera llegado a la Croacia continental, y comimos; Alojz se comió media tonelada de caballa y con la boca llena no tuvo oportunidad de continuar la historia de su colitis. Tú notaste que yo ya estaba muy furioso y empezaste a buscar febrilmente un tema para después de comer que no diera la razón a mi ira. Ahora, por

supuesto, me da pena y me remuerde la conciencia como si hubiera asesinado a un parvulario entero, pero yo ya había decidido que, se hablara de lo que se hablase, vengaría ferozmente que hubieran estropeado mi buen humor.

Lo intentaste con la historia del Mediterráneo porque podría interesarme, pero yo estaba al acecho, y me callé. Entonces, realmente como en una mala comedia checa, Alojz trató de volver a su colitis, pero le advertiste, debo confesar que con bastante brusquedad, que no pensabas escuchar semejantes historias después de la barbacoa de pescado, y llevaste la conversación por derroteros que podrían resultarme interesantes, pero de nuevo sin éxito. Đuro el Bosniaco guardaba silencio y esperaba que sucediera aquello que sólo él y yo sabíamos que debía suceder.

Pero he aquí que Selma empezó a hablar de libros, de *La profecía Celestina*, de *No te ahogues en un vaso de agua*, de *Entrenamiento autógeno*, de *El alquimista*. Quizá yo no leo mucho, pero sé muy bien qué libros son esos porque conozco el brillo en los ojos de los que hablan de ellos. El mismo brillo tenían las comadres de nuestra infancia que escribían todas las recetas de los *Pequeños secretos de los grandes maestros de la cocina*, pero seguían haciendo filetes empanados y potajes, y se enriquecían con una experiencia metafísica para mí absolutamente impenetrable. *El alquimista es un libro en el que Alojz y yo nos reconocimos, porque deseábamos encontrarnos sin siquiera conocernos, y luego el mundo se confabuló para que se produjera ese encuentro. Todo lo que había ocurrido antes, simplemente desapareció*, dijo Selma, mientras Alojz sonreía y me pareció que la señalaba igual que un trabajador emigrante mostraría a sus vecinos del pueblo su nuevo Mercedes. *Para encontrar el verdadero amor, hay que encontrar paz en el alma. No hay nada más importante*, ella continuó el curso de su compendio filosófico. *Bueno, nada, nada...*, Đuro el Bosniaco no pudo contenerse; incluso él, quién lo diría, había leído algo en la vida, pero no estaba al corriente de las modas literarias ni de las tendencias en materia de comunicación; *¿acaso puedes olvidar de verdad todo lo que hubo antes?* Selma primero esbozó una sonrisa y luego se atragantó porque seguramente se dio cuenta de que esta vez Đuro no había dicho nada gracioso ni que pudiera considerarse como tal. *Si lo olvidas todo, ¿qué pasará con las cosas que te recuerdan lo que has olvidado, digamos, por ejemplo, la gente que has conocido antes de que encontraras el verdadero amor?* Ella se quedó mirándolo sin ser capaz de añadir nada. Lo cierto es que Selma no podía acordarse de lo que ponía en esos libros suyos para esos casos. En ese momento, hasta para mí fue evidente que en *El alquimista* no había lugar para hipopótamos bosniacos o, mejor dicho, para ratones que no saben distinguir entre la sabiduría y el queso, e indolentes se repliegan a los agujeros de las indudables genialidades alquímicas, de este emmental filosófico.

Entonces empezaste tú a hablar, serpenteabas entre *El alquimista* y Đuro, y te esforzabas por no ofender a nadie y al mismo tiempo cambiar de tema, pues se anunciaba la catástrofe. *Dime Alojz, ¿has tirado aquellas cartas?*, intervine yo. *¿Qué cartas?...* *Pues las cartas de antes, las cartas de amor, si no es una indiscreción. Supongo que había algunas cartas... No sé porqué me lo preguntas... Pues porque no he leído esos libros y me interesa saber qué pasa con las cartas... Yo tampoco los he leído... Bueno, entonces dime tú qué ha pasado con las cartas, supongo que alguien te habrá escrito cartas de amor*, me dirigí a Selma, que estaba gris como una pared antes de ser encalada. *Decidme, por supuesto si no es una indiscreción, donde ocultáis cada uno las cartas viejas para que no las encuentre el otro, y, sin esperar la respuesta, me fui al bosque a hacer pis.*

Por el rabillo del ojo había visto dos caras heladas y una espantada, la tuya. En realidad, no tenía ningunas ganas de mear, sino que me había asustado y, presa del pánico, pensé que alguien arreglaría aquello antes de que yo regresara y que para entonces todo habría vuelto a la normalidad. Había querido desahogar mi rabia, y después de hacerlo huí como un conejo. Di un paseo por el campo; ante los ojos tenía lo último que había visto en Alojz y Selma y en ti. Sólo Đuro el Bosniaco no aparecía en ninguna parte. Se me ocurrió que quizá no os hallaría cuando volviera, que seguramente iría solo al autobús y que en casa me esperarías enfadada, y el pequeño grillo paranoico que tengo en la cabeza me decía que era muy probable que me topara con mis cosas empaquetadas delante de la puerta. No estaba seguro de la proporción de la guarrada y, por otro lado, había momentos en que no estaba tan seguro de haber dicho ninguna guarrada. Lo único que había hecho era preguntar qué había pasado con sus antiguos amores después de que hubieran encontrado el verdadero amor, pero cuanto más culpable me sentía, más los odiaba. *¿Sabes por qué se casaron en la iglesia?* —me decía a mí mismo—, pues porque nadie, salvo Dios, podía aportar pruebas de que se amaban. Aún se me ocurrieron varias tonterías por el estilo, y cuando decidí regresar, las rodillas me temblaban de miedo.

Primero oí la voz de Đuro el Bosniaco, luego vi que todos los rostros mostraban las sonrisas más diversas, me cogiste de la mano y dijiste: *Tienes que oír esto, es increíble*. Se me quitó un peso de encima, *¿es gracioso?*, inquirí, *gracioso es poco, ¡escucha!* Entonces Đuro inició una historia que, evidentemente, ya habíais oído, pero escuchasteis desde el principio como si os perteneciera y como

si conocierais a todos sus protagonistas.

Sucedió durante el invierno en el que el Estado Mayor envió a la Primera Brigada Proletaria a liberar Bosansko Grahovo, aunque todos sabían que jamás verían Grahovo. Bueno, el Estado Mayor no lo sabía, lo sabían los combatientes, pero a nadie se le ocurrió cuestionar la orden. No porque temieran el castigo, sino porque eran incapaces de negarle nada al camarada Tito y, además, ¿qué sentido tendría entonces la lucha de liberación? La mayoría de ellos se había resignado a morir, y nadie se preocupaba, excepto cierta camarada, de nombre Nada, es decir: Esperanza. Esta Esperanza tenía un gran amor, un partisano que luchaba en algún lugar de Eslavonia, con el que se veía muy de tarde en tarde, pero con el que se escribía a menudo, y cuando el correo llevaba correspondencia para el Estado Mayor, también llevaba a Esperanza carta de su amado. Nadie sabe cómo eran dichas cartas y qué escribía en ellas, pero puedes imaginarte en qué se convierte el amor en medio de una guerra. O se consume o se inflama y prende en algo sobre lo que nosotros sólo podemos callar, taparnos las orejas como el último inútil, porque amores semejantes no hay en nuestros tiempos. Bueno, pues cuando el Estado Mayor ordenó conquistar Grahovo, Esperanza se amedrentó. Llevaba consigo todas las cartas, estaba segura de que iba a morir. Pero eso no era lo peor para ella, como tampoco lo era no volver a verlo, lo peor era, en su opinión, que un ustacha o un chetnik encontrara las cartas, o bien que las encontrara un nazi, que exigiría la traducción pensando que se trataba de cartas del Estado Mayor, y entonces todos podrían leer lo que su amado le había escrito. Y así suele ser, puede derrumbarse el mundo, los planes pueden fracasar y la gente morir, pero nada es más terrible que unos indeseables entren en el mundo íntimo de dos personas. Las cosas insignificantes están ocultas en el interior de uno, pero el alma entera cabe en dos personas, y el alma no debe descubrirse, o como dijo alguien: el amor es más frío que la muerte.

Y qué podía hacer Esperanza, no tenía muchas opciones, y entonces se fijó en el compañero que cargaba con la ametralladora de la compañía, oriundo de Lika, duro como la roca y noble como sólo los hombres recios y simples pueden serlo. Esperanza sacó las cartas, las ató con un cordel y se las dio al hombre. “Yo moriré, pero tú sobrevivirás, así que guarda estas cartas y jamás se las des a nadie”, le dijo. Él se resistió, pero no le sirvió de nada. El destino lo había elegido.

La batalla llegó y pasó. Para los partisanos fue como caminar descalzos sobre espinas, Bosansko Grahovo se quedó allí donde estaba. Esperanza resultó gravemente herida, estuvo siete días debatiéndose entre la vida y la muerte, y por fin al octavo volvió en sí y preguntó: “¿Dónde está el de Lika?”. El hombre había muerto dos días atrás, ni siquiera se había despertado después de que lo hirieran en la cabeza, y lo habían enterrado la noche anterior. Esperanza se levantó, miró por la ventana y delante de la cabaña estaba la tumba reciente. No le preguntó a nadie porque nadie lo sabía, pero ella sí, ella sabía que en aquella tumba estaban todas sus cartas, todo lo que su amado le había escrito.

¿Y qué puedes hacer en semejante situación? No sería difícil remover la tierra y abrir la fosa, pero las tumbas no se abren así como así, y en cuanto lo hiciera, todas las razones dejarían de ser importantes ante lo que había hecho, a pesar de que el difunto seguramente no tendría nada en contra de que Esperanza recuperara sus cartas.

Bueno, transcurrieron cincuenta y tantos años. Los enamorados se habían casado y tenido hijos, habían viajado por todo el mundo, tan felices como les había sido dado serlo, lo que significa que ningún mal se infligieron el uno al otro. Pero él, ¡pobre!, murió primero, y Esperanza se quedó sola. En su vida volvió a casarse porque no le hacía falta un marido, ya que lo tenía a él. Siguió siendo la misma que cuando la Primera Brigada Proletaria trataba de conquistar Bosansko Grahovo, arrojada, pero templada como el acero, alguien diría que como la Pasionaria. Y un día, bromeando, preguntó qué pasaría si abriera la tumba del soldado de Lika y recobrará las cartas. Y todos se rieron, y se rieron porque el amor era sincero. Si hubiera sido mentira, la gente habría llorado y dicho que eso era terrible.

Según hablaba Đuro el Bosniaco a mí me parecía que la historia arreglaba el mundo igual que un buen mecánico arregla un coche. Justo así, sin error y sin la oportunidad de que nada, ni una sola parte quedara sin reparar. Qué suerte la suya si no necesita inventarse ni montarse rollos, pensé; y sentí que todos mis músculos se relajaban y que el sol del amanecer nos había arrojado a todos bajo su karma y su belleza. Miré a Alojz y a Selma, no tenían aspecto de recordar lo que les había dicho un poco antes, al contrario, devolvían la mirada como pasajeros de un trasatlántico que acabaran de ver un grupo de delfines. Y todos sabemos que nada de nosotros mismos quedó fuera de la historia de Đuro. Creo que desde entonces, cada vez que alguien dice eso de la esperanza es lo último que muere, pienso en aquella Esperanza.

Y de este modo, el asunto de las parrilladas que empezasteis a tratar ya en febrero terminó bien, pero me gustaría que me contaras qué sucedió mientras yo andaba por el bosque y cómo llegó Đuro el Bosniaco a la liberación de Bosansko Grahovo, porque lo que sí sé es cómo llegó a las cartas.